

Círculo Rojo

El hombre que sabía amar

El hombre que sabía amar

Anate Rivera Avecilla

Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: noviembre 2017

Depósito legal: AL 576-2017

ISBN: 978-84-9160-592-8
Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Anate Rivera Avecilla
© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo
© Fotografía de cubierta: 123rf - Ilic Nikola

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculorojo.com

info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España - Printed in Spain

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida por algún medio, sin el permiso expreso de sus autores. Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o las opiniones que el autor manifieste en ella.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y, por tanto, **ecológico**.

La dejó marchar como ya lo hicieran otras tantas mujeres de su vida. Se limitó a contemplar fracasado su última derrota sentimental al otro lado del visillo marfil; mordiéndose el labio inferior, sus manos olvidadas en los bolsillos.

Guardado en el pecho, el músculo rojo del amor aumentaba su ritmo cardiaco a medida que más y más se alejaba ella.

La mirada se le perdió, los ojos se le quedaron clavados y quietos en el ángulo izquierdo superior, donde el recuerdo es estimulado desde su base neuronal.

De repente, deshaciendo el gesto de parálisis, echó bruscamente a correr, a la desesperada. Seguro que esta vez no se iba a conformar con el recurrente vencimiento amoroso del que siempre se creyó víctima. Si la actitud llevada hasta el momento le había procurado tanto pesar, tal vez era tiempo de plantearse una muda en la manera de conducirse en la vida. Acababa, quizás, de ver que su proceder necesitaba un giro notable. ¿Por qué ese temor al matrimonio? Todo parecía ir bien hasta que aparecía aquella maldita combinación de letras, inocentes a simple vista. ¿Dónde residía el mal, en la "m", en la "a", en la "t", en la "r", en la "i", en la otra "m", la "o", "n", otra "i", otra "o"? ¿Acaso hay

alguna distinción entre la primera y la segunda "m"? De esta palabra se podrían rescatar ciertas letras que, combinadas de diferente manera, resultaría: "amor", "ritmo" o "mimar. Y todas ellas connotan algo hermoso; aunque también se podría componer, con las mismas: "timar", "matón" o "mintió". Estas, sin embargo, no gozan de lo óptimo. Quiere esto decir que la maldad surge de determinadas uniones, pero si las letras aisladas se muestran inofensivas, en qué momento de la creación de la palabra brota la negatividad, en qué sílaba precisa.

No obstante, hay parejas que deciden poner sus vidas en común logrando que funcione de maravilla (que también contiene la "m", la "a", la "r" y la "i").

Sin duda, es el miedo a la palabra el causante del mal, pues visto quedó que la realidad, aun siendo la misma, sin ese nombre da mejores resultados sociológicos. Para muestra, buenos sean los eufemismos, los que garantizan que la palabra supera en poder a la realidad, mantenida oculta tras la suplente. ¿O es que el muerto está menos muerto porque nombrado difunto? ¿Y es la puta menos indecente si prostituta? Mejor hacer el amor que follar ¿verdad?

Semejante perorata no estaba prevista. Vayamos a ver dónde acabó la carrera de aquel…

En la calle no está. Ni rastro de la mujer. Se oye el apagado sonido del teclado de un ordenador, cabalgando suspendido en el aire del pasillo, desde la habitación del fondo.

Por la velocidad de los dedos desplazándose sobre los dígitos, entretejiendo letras que dan a luz palabras, que agrupadas en torno a núcleos van formando sintagmas, de cuya costura resultan las frases, y el golpe seco y vigoroso destacado de vez en cuando, debiéndose corresponder con los puntos, cualquiera diría que por las yemas

le escapa la furia. Habrá decidido escribirle una carta en términos tales como:

Mi querida Elisa:

No es por falta de valor que me dirija a ti sirviéndome del papel, ya sabes que mejor se me da la tinta que la voz. Hoy lo he comprendido: he sido un egoísta durante todo este tiempo. He equivocado el sentido del amor, no es de fuera hacia dentro como se ha de vivir, sino al revés. Pude ver con claridad que no es esperando a recibir del otro que la felicidad se alcance, esta viene de la mano del deseo de felicidad para la persona que se tiene en frente. Curiosamente, y no sino ahora lo entiendo, anoche leía algo así como que "el amor propio es nuestro delito original", por lo que tendremos que pagar, y yo ya lo hago con tu pérdida. Identificarnos con las cosas nos limita, nos separa de la totalidad y eso nos hace sentir inseguridad y temor. También leí que "el miedo es nuestro verdugo", o sea, lo que nos mata. ¡Qué imbécil! De pronto se me ha abierto la mente, empiezo a ver la luz. Hace años que cayó en mis manos el cuento de un cazador que, después de dialogar con la pareja de la presa que había caído en su trampa, implorando que la liberara, ofreciéndose a sí mismo para ser matado en lugar de ella, decidió dejarlos libres a los dos, tanto fue el amor que les inspiraron. Entonces ni si quiera creo que lo entendiera, ahora capto la maravillosa idea transmitida de que "solo el amor nos puede liberar". Llevo años sintiéndome esclavo, preso de algo que, acabo de descubrir, es mi propio ego. Él ha sido el principio de todo el sufrimiento que experimenté toda mi vida. Creí que su culto me traería el éxito, que mi misión era agasajarlo, complacerlo… por eso siempre exigía a los demás el deber de darse a mí. Busqué para que me dieran, esperando siempre que respondieran a mis deseos y expectativas. Nunca funcionó,

claro. Elisa, quiero pedirte por última vez, pedirte una sola cosa: que me des la oportunidad de demostrarte lo que hoy comprendí viendo cómo salías de mi vida bañada en lágrimas de dolor. Dame, te lo pido, una única ocasión para que pueda darte mi vida entera. Te quiero, Elisa, y al decirlo siento diferente, como si fuera el primer pronunciamiento. Lo siento renovado. Siente tú mi beso sincero.

Responde a mi súplica, por favor. Te quiero.

No. Se trataba de un texto compacto, salpicado de algunos guiones al comienzo de líneas, indicativos de diálogo. Sí, era escritor; estaba escribiendo una novela. En la franja azul de la pantalla, por encima de los iconos, podía leerse un título: *El hombre que sabía amar*.

Parecía estar mascullando una retahíla de injurias y maldiciones mientras aporreaba iracundo las teclas neutras creadoras de historias no neutras. Se detuvo un momento con las manos suspendidas sobre el abecedario benévolo; sacudió los dedos en el aire como el pianista, que no era, antes de interpretar una pieza musical; y liberó un bufido para luego proferir fuera de sí: "¡Te haré la vida imposible!". Frase que no habría de escribir, solo decir. Después, usando la ironía, volvió a leer en voz alta las últimas líneas que escribiera el día anterior:

"—Gracias, mi amor. Gracias por estar ahí para que yo te ame y, no sino así, ser feliz… Debo de estar amándote bien, pues la dicha me colma verdadera.

—¿Y cómo sabes de su certeza? —quiso saber ella.

—Porque la experimento con una mente serena, porque la vivo quieta, y porque un instante de amor me hace sentir que libera, contiene la renuncia de lo que fuera la vida completa por estar la mía tan repleta".

—¡Menuda cursilada! —dijo incrédulo el escritor. Retiró la ironía de sus cejas bajándolas a su posición normal; el

ceño fruncido le hizo el relevo y opinó sobre la estupidez de aquella relación ajena en un intento confiado de provocar a Genaro, su protagonista.

Realmente lo estaba odiando porque él sí era feliz. Lo que no sabía el escritor era que la felicidad provenía de saber amar. Era incapaz de poner en relación los sucesivos fracasos amorosos con su falsa manera de querer.

Se reclinó hacia atrás, y cruzando los brazos sobre su estómago acelerado, se entregó al pensamiento en alta voz usando el verbo en segunda persona del singular. Elucubró malévolo hasta lograr arrancarse la ocurrencia artificial de poner en juego un nuevo personaje destinado a malograr aquella maravillosa relación de pareja como demostraba serlo la de Genaro y Silvia. Qué tal un viejo amigo de la infancia, se decía a sí mismo .¿Y por qué no aquel compañero del laboratorio que siempre estuvo enamorado de ella pero nunca se atrevió? Tal vez, el típico desconocido con el que tropieza un día por la calle provocando el desprendimiento de los documentos que llevara en una mano y que, debido al aire en movimiento, salen volando para quedar todos esparcidos por la acera en la que se cruzaron distraídos por la prisa. ¡De película...! Sí, sin duda la mejor de las escenas para una historia tan ñoña; a la altura del buen y cursi amante.

Hacía rato que Genaro observaba las idas y venidas de Silvia dentro de la habitación. Se golpeaba la palma de la mano izquierda con el lápiz que había estado utilizando mientras rellenaba unos informes apresuradamente. Parecía tener algo que decir para lo que le faltara el coraje, por lo que se detenía frente a la ventana unos instantes, daba un suspiro y volvía a desplazarse hacia cualquier otro rincón de la sala. Tan pronto reordenaba los retratos que se exhibían en el saliente de la chimenea, como disponía de otro modo las flores siempre frescas que recibía de Genaro

con ocasión de nada en especial, con ocasión de su especial amor. Cerró pausadamente el libro que le distraía las ideas durante el trabajo extra que ocupaba a Silvia. Alzó la mirada.

—Mi amor... ¿Te encuentras bien?

Ella guardó silencio mientras, de espaldas a él, modificaba la posición de los cojines del sofá, alternando ocres con azules. Se giraba con torpeza justo cuando él insistía y hacía como si la primera llamada no hubiese sido oída.

—Te noto muy nerviosa —afirmó esta vez.

—Debe de ser el café, lo hice demasiado cargado —inventó sobre la marcha.

—¿Seguro? —quiso cerciorarse; a lo que ella respondería con un rápido movimiento afirmativo de cabeza evitando los ojos atentos de aquel hombre atento.

Genaro volvía a sumergirse entre las líneas de El monje y el filósofo. *Apenas unos segundos fueron consumidos cuando Silvia se le acercó turbada, se agachó junto al butacón en el que reposaba la lectura, y colocando su mano temblorosa en el brazo ocioso encargado de pasar la página se atrevió al fin a pronunciar:*

—Genaro, tenemos que hablar —urgía ella deseosa de conclusión.

Él depositó el volumen en la mesita que separaba su asiento del que ella fue a ocupar pretendiendo distancia.

—No sé cómo decírtelo, pero... algo me está sucediendo que yo no logro controlar.

Genaro no interrumpió en caso alguno.

—Yo...—comenzó diciendo—.Tú... ¡Genaro, tienes que perdonarme! —rogó desesperada, ansiosa por ver si en la mirada de él se adivinaba ya la intuición. Pero ´´él permanecía sereno, callado y sereno.

El silencio estaba siendo demasiado denso, solo una palabra contundente acertaría a romperlo.

—He conocido a alguien —declaró.

La calma persistía en aquel rostro masculino, mostrando lo tierno.

—No comprendo cómo ha podido ocurrir —continuó ella—, pero yo no puedo cambiar lo que siento. Nunca creí que...

Silvia rompió a llorar. Clavó los codos en sus muslos paralelos dispuesta a recoger entre sus manos el gesto de la tristeza.

—Tú no te mereces esto, lo sé... ¡pero es tan fuerte lo que siento! —exclamaba dejando de nuevo el rostro al descubierto, empañado de llanto—. ¡Ojalá no hubiera entrado en mi vida! Pero ahora no hay nada que yo pueda hacer. Tienes que perdonarme, Genaro... No sabes cuánto lo lamento.

Enjugó las lágrimas con el reverso de ambas manos; corrió a instalarse delante de él, casi en genuflexión, quien con sus propios pulgares ayudó a retirar los restos de un llanto sincero. Le acarició seguidamente el pelo y, sirviéndose del índice, apoyó en él la barbilla inclinada de Silvia tratando que conquistar sus pupilas de nuevo.

—Mi amor —dijo en un tono cercano al susurro—, no quiero que sufras. Entiende que mi propósito es hacer que seas feliz, y si tu felicidad está junto a otro hombre mi deber no es otro que dejarte marchar para que corras a su lado.

El deseo de su felicidad, donde quisiera que ella estuviera, era lo que concedía todo sentido a su amor verdadero.

Tal concesión de libertad la hacía sentir aún más culpable; un hombre así, un hombre que sí sabía amar, debería merecer ser amado. Sin embargo, la pasión no admite gobierno.

—Pretender retenerte —continuaba él— en contra de tu voluntad sería absolutamente egoísta por mi parte, y eso nada tiene que ver con el amor. ¡Anda! Sécate esas lágrimas. Te deseo lo mejor —dijo incorporándose para facilitarle la huida a su amada—, no pierdas más tiempo aquí. Dime tan solo... ¿Cómo se llama? ¿A qué se dedica?

De manera poco perceptible, apagada la voz por la angustia llorona, se le oyó muy bajo pronunciar el nombre de Mario, de profesión escritor.

Y Mario se echó a reír liberando estrepitosas carcajadas que le obligaban a curvar el cuerpo hacia atrás desde su puesto ante el ordenador. Golpeaba con las palmas de ambas manos los reposabrazos, arqueando su espalda más y más conforme aumentaba la sonoridad de aquella risa que lo había poseído. Se apoyó en la mesa para, tomando impulso, apartar el sillón de forma que le permitiera el espacio resultante para plegar el tronco hacia delante aprisionando los brazos entre vientre y estómago, doloridos de tanta risotada loca. Al cabo volvió a recomponerse, abandonó el sillón y avanzó a tropiezos torpes por el estudio todavía muerto de risa. Se dejó caer de rodillas al suelo cubriéndose esta vez la cara elevada al cielo hasta que el cuerpo empezó a inclinarse hacia un lado terminando por impactar contra el piso de costado; y se encogía, y estiraba sin poder poner fin al ataque irrisorio. Tumbado boca arriba, con las piernas flexionadas y los brazos en cruz, fue experimentando poco a poco el declive de la bufonada al tiempo que una lágrima indiscreta se escurría atravesándole la sien. Al sentir su humedad interrumpió voluntariamente la personal diversión; tragó saliva y encaramó la vista fija en el techo. Regresó de repente del trance contento contemplándose estar, allí tirado saboreando el triunfo ficticio del que fuera protagonista gracias al juego sucio al que sometió a su personaje.

Se levantó con cierta dificultad debido al agotamiento, y yendo en busca del teléfono, la hilaridad se reactivaba algo más ligera. Descolgó dando inicio al fingimiento de mantener una conversación con su chica recién perdida, imitando el que supondría que sería el tono lacrimógeno de Silvia en el momento de hacer su confesión a Genaro.

—Elisa...—requería— tenemos que hablar. He conocido a alguien que se muere de amor por mí —y volvía al uso de la carcajada histérica—. Tienes que perdonarme, Elisa, pero ahora mi nuevo amor se llama... ¡Silvia!

Mantuvo el auricular pegado a la oreja por tanto tiempo como durara el siguiente estallido de risa en seguida decadente. Una vez restablecida la calma, colgó de un golpe seco antes de regresar frente a la pantalla donde aún seguía expuesto el último episodio. Su contento desapareció de repente; capturó el ratón bajo su mano devolviendo el cursor al comienzo de aquel. Pulsó con rabia y lo fue arrastrando hasta dejar todo el texto sombreado.

—¡Esto es una mierda...! —profirió decepcionado ante tan ilusa reacción de su protagonista—. ¡Este tío es imbécil!

Y al instante todo aquello había sido suprimido, la última escena quedaría así destruida.

Aquella tarde oscura ya no escribiría nada más, se sentía demasiado fracasado para crear nada que mereciera la pena. Ocupó de nuevo su sitio delante de los visillos tras los que desapareciera Elisa para tal vez no volver jamás. Pero acababa de sonar el timbre. No era imposible que se tratara de su regreso; era una mujer a la que le costaba mantener sus determinaciones, acostumbrada a los vaivenes emocionales del escritor y a la necesidad de consolidar pareja dada su edad, en el límite de la juventud.

El semblante que descubrió al otro lado del dintel le resultaba levemente familiar, mas no atinaba a concederle contexto claro que asociar al hecho de haberlo conocido. Llevaba en una mano un volumen de encuadernación provisional; el traje y la corbata le imprimían cierto carácter de seriedad e importancia.

—¿El señor Mario Escribano? —inquirió.

Mario lo miraba sin atreverse a deshacer su propio silencio.

—¿No me recuerda? Soy agente literario —aclaró seguro de no ser reconocido.

—¿Agente literario? —preguntó al fin desconcertado.

—Sí... verá, usted nos remitió un ejemplar de una de sus obras —y mostró entonces la que portaba consigo.

Pero Mario insistía en seguir atrapado en el asombro. Se rascó la cabeza con ceño fruncido para acabar saliendo con precipitación de la parálisis mental que le produjera este último acontecimiento del día, invitándolo a pasar, conduciéndolo hasta el salón y rogándole que tomara asiento frente a él.

El agente literario devolvió la obra a su autor, quien la manipuló invadido por la desconfianza al encontrarse en presencia de un objeto que se le antojaba completamente extraño, sin prestar demasiada atención a la crítica favorable, abundante en elogios, a que estaba siendo sometido. Se incorporaba justo al discurso cuando aquel pronunciaba la palabra "obra maestra" del floreciente género de la parábola literaria. Aprovechando la inexistencia de espacios silenciosos en la recitación del agente, de manera que hallara la oportunidad de intervenir, volvió a girar su mirada en dirección a aquellas páginas desconocidas para él. Hojeó con cuidada parsimonia, en busca de algún indicio que le hiciera reconocer el texto como suyo. En igual medida que el agente no cesaba de hablar, estaba empezando a sentir un creciente brote de pánico inducido por el hecho de no estar comprendiendo nada de lo que allí, aquella noche, estaba sucediendo. Contrariado por la psiquiátrica situación que vivía, fuera de su control, temía confundir o decepcionar al hombre que frente a él recitaba un sinfín de alabanzas referidas a su supuesta creación, aún por identificar; pero

lo cierto era que no lograba recordar cuándo había escrito él aquella obra, dicha maestra. Sin poderlo evitar, una sensación de enajenación se le vino a instalar en el espíritu al entregarse, congregando todos sus sentidos, a la lectura de un fragmento cualquiera en el que se detuvo. Qué podría significar, al cabo de unas líneas, aquella mujer enloquecida gritando desesperadamente a un público inanimado compuesto por toda su numerosa y variada colección de vestidos de gala, colgados en sus perchas en silencio absoluto. Las prendas parecían prestar oídos a la súplica de ayuda, que profería la mujer sufriente, después de tanta felicidad como le había procurado todos y cada uno de ellos en las ocasiones de su lucimiento. Tras un último grito desgarrador, uno a uno los vestidos se fueron desprendiendo de sus perchas, y apeándose del armario, avanzaban sin cuerpo que los desfilara hacia ella, mostrando las arrugas y los pliegues propios del movimiento al caminar. Y en su cercana presencia, caían entonces desmayados al suelo; comenzaba una sorprendente mutación involutiva encaminada al origen de la prenda. Desaparecían las hechuras al principio, le seguía la decoloración del tejido hasta adquirir la tonalidad natural de la fibra originaria. Los hilos, luego, se destejían como intervenidos por unas manos invisibles. El armario se vació, todos habían ido cayendo ante ella reducidos los modelos a un montón de materia prima, urdimbre desordenada de hebras de algodón amalgamadas con la seda y el lino; alguna pedrería salpicaba la colina de los hilos lanzando destellos aislados.

Cerró el borrador con la misma inseguridad que lo abriera y pasó su mano por la tapa de plástico transparente duro tras el cual figuraba, efectivamente su nombre, Mario Escribano, y justo debajo, duplicando el tamaño de las otras letras, el título: *Malos Bienes*. Alzó entonces su mirada

definitiva al señor de los libros que aún hablaba y hablaba y hablaba más...

—Discúlpeme —interrumpió el escritor—, me encuentro bastante cansado por hoy, no ha sido un buen día, que digamos; así que, si no le importa, podríamos dejar la conversación para otro momento. Espero que lo sepa entender.

El agente abandonó su puesto en el sofá precipitándose a tenderle la mano mientras acompañaba el gesto de palabras de deseo de un nuevo encuentro en el que tratar de aspectos más concretos de la publicación y promoción de su obra, "maestra", volvió a señalar.

Una vez despedido aquel hombre locuaz, apoyó la espalda contra la puerta que acababa de cerrar dando paso a un llanto desesperado brindado al cielo a la par que se golpeaba la frente con la copia de *Malos Bienes*. Se deslizó escurridizo a lo largo de la madera que lo sostenía hasta conseguir pegar las nalgas al suelo. Se abrazó las rodillas dejando que la encuadernación cayera a sus pies. Lloró amargamente, largo rato, sonoramente o casi a gritos. Debía estar asustado, temeroso de ingresar en el estado de locura; todo, por el simple hecho de no recordar. La memoria a veces...

Aquella noche dormiría en compañía de la inquietud y el desasosiego. Cuando despertó, se seguía sintiendo cansado, como si realmente no hubiera descansado las ocho horas que indicaba transcurridas el reloj despertador de la mesilla. Liberó su cuerpo de las sábanas y se irguió recordando en su movilidad al borracho. Salió del dormitorio en dirección a la cocina dispuesto a prepararse el primer café de la jornada. Pero cuando entraba en el estudio, tazón de cerámica en mano, una guita pendía por el borde del mismo, en la que se balanceaba una etiqueta de manzanilla. Iba a dar un sorbo de infusión en el preciso momento que

se percataba de que el ordenador estaba encendido, y,sin embargo, tenía la absoluta certeza de haberlo apagado la última vez que lo usara durante la tarde pasada antes de la extraña vivencia. Se olvidó de la manzanilla absorto, más aún, al ver que junto al ratón había un vaso ancho y corto con un resto de líquido ámbar, que al llevárselo a la nariz supo, por el olor a caña, que se trataba de ron diluido en el hielo que tardó en derretir después de renunciar al último trago. Entonces recuperó la memoria de la madrugada. Sí, él había estado allí, escribiendo algo que no recordaba ni aun en presencia de la página en la que había desarrollado una escena que posteriormente hubo de destruir. Posó sus ojos en el texto y leyó: "*...y porque un instante de amor me hace sentir que libera, contiene la renuncia de lo que fuera la vida completa por estar la mía tan repleta.*

Los amantes trenzaron sus cuerpos desprovistos de prendas sobre la seda que cubría el lecho, enredándose con ella donde solo suavidad espera. Él le besaba los párpados, y a ella se le dormía la mirada bajo sus tibios labios. Al besarle la mejilla, ella alzó las pestañas, la hizo sentir chiquilla. En el pozo de su boca cayó despacio, se le ahogó la lengua. Salió tarde de entre los labios, y arrastrándose se fue alejando buscando el cuello. Lamió gozando, con la punta, en el sentido del degüello. Ayudado de sus dientes, trepó los montículos de los senos; besó la cumbre hasta que lucieron enhiestos. Culminada la escalada, desde las cimas disparadas, se deslizaba en pendiente, la lengua a la explanada: su vientre, plano, ardiente... Y en oscuridad fue a perderse, negra selva que lo envuelve, lo pierde y aparece frente a la cueva sagrada que se abre y humedece; se traga la lengua y en gemidos de placer en señales aparece".

Mario se palpó el sexo estimulado por aquellas líneas eróticas como si descubriera entonces el pasaje. Luego se miraba las manos interrogándoles sobre la autoría de los

hechos; estas terminaron sujetándole la cabeza, a punto, creyó de ser perdida.

—Esto es de locos... —se decía entre dientes.

Estaba seguro de recordar que, por supuesto, había borrado la escena de la confesión de Silvia, pero juraría que su intención fue crear otra en la que él la sorprendiera en brazos de otro hombre, con el cual, acabaría sabiendo, mantenía una relación paralela desde hacía un año. Así el daño infligido sería de tal dimensión que no hubiera comprensión posible que lo resistiera ante la evidencia magna. Ya lo había imaginado vencido por la humillación, el engaño, la amargura de saber que contaba con un relevo alternativo. Otro hombre que ponía su boca donde ya la puso él, que dejaba sus huellas sobre los pechos que tantas veces él amasara mientras se hundía entre sus piernas, ampliamente abiertas, dejándose clavar profundo, donde ahora otro lo hiciera. Y los celos lo devorarían, perdería la razón viendo unas nalgas desconocidas empujando con ritmo frenético, subiendo y bajando, entrando y saliendo en ella que lo rodea con sus piernas sobre la espalda enganchadas por los pies. Se siente morir al oír los gritos inauditos de la mujer acompasados con los jadeos del hombre, que más tarde gritos también y jadeos de ella al declinar el orgasmo. Todos los ingredientes de un crimen pasional estarían sobre la página, por determinar: el arma.

Continuó leyendo después de beber de la manzanilla. *—Cariño, pero... ¿Y tú? —preguntó Silvia recuperada de su episodio placentero.*

—No te preocupes, mi amor, lo gocé mientras tuyo era el gozo; mío el regocijo.

—Si lo deseas... —insistió ella.

—Mis deseos, con los tuyos fueron colmados. ¡Me hace tan feliz ver que la felicidad está en ti...!

Depositó el tazón con la dosis de ira necesaria para que el líquido saltara del interior salpicando la alfombrilla de ratón.

—¡Esto no se va a quedar así! —amenazó, frotándose las manos dispuesto a un acto de venganza.

A la escena que imaginara añadió unos toques más de desenfreno, de manera que Genaro sufriera su contemplación infinitamente, sin ser visto ni oído, su dolor amordazado contra su propia mano. Habría de padecer el desgarro que le produjera el estar viendo cómo el miembro inflamado y tenso de aquel extraño cedía su puesto a una boca enloquecida de la que a ratos escapaba nerviosa la lengua para lamer los jugos del juego de tantos labios reunidos. Y ella se incorporaba con los ojos cerrados y su boca abierta, agitando la cabeza como buscando en el aire lo que terminaría por encontrar; engullirlo hasta tropezarle con la garganta devolviéndolo al exterior de donde lo tomaba y manejaba con sus dedos hábiles. Se acariciaba con él las mejillas encendidas, recorría su firme verticalidad con la lengua para recrearse en el extremo superior terso y brillante, dispuesto a estallar de tanta sangre allí agolpada. Al poco volvía a perder su objeto de lujuria solo un instante, el que tardaría en sentir de nuevo un envite impetuoso y el relleno de la vagina. Los gemidos, que en ningún momento habían cesado, dibujaron al unísono un arco creciente que culminó en casi un grito acallado entre besos mojados.

La tensión, al cabo de unos minutos, había desaparecido del semblante de Mario; ingresaba sin darse cuenta en un estado de conciencia diferente, sereno, superior. El texto seguía: *Genaro se giró evitando cualquier ruido que pudiera interrumpir el éxtasis de aquellos amantes. Dejó la puerta unos centímetros abierta y se marchó sin apoyar los talones en el suelo.*

Mario tocó el respaldo de la silla con su espalda recostada; el relato de la carne acabaría por estimular su propia sexualidad. Algo se movía debajo del pantalón de pijama donde convergen ambas piernas. Al punto, vería asomar por la bragueta su glande grande y sobre excitado. Introdujo su mano para ayudarlo a salir endurecido ya al extremo. Los ojos se le cerraron al empuñarlo con desatino mientras liberaba un leve quejido de placer. La mano hizo pero no pudo culminar su labor; el timbre de la puerta lo arrancó de cuajo del íntimo deleite. Se apresuró a apagar el ordenador e intentó disimular el grado de erección devolviendo su sexo al interior, desde donde insistía en mantenerse erguido.

En mitad del pasillo cayó en la cuenta de que había olvidado guardar lo escrito antes de apagar el aparato. Se llevó las manos a la cabeza y escupió una serie de insultos junto con alguna que otra maldición. Su aliento todavía era acelerado cuando al abrir la puerta descubrió la figura de Elisa apesadumbrada. La agarró por la muñeca tirando de ella impetuosamente hacia dentro. Comenzó a besarla ardiente al tiempo que le desabrochaba con torpeza la blusa blanca bajo la que se marcarían enseguida los pezones eréctiles. Un botón se le resistía; de un brusco tirón lo hizo saltar por el aire rasgando el tejido. Los hombros de Elisa pronto quedarían al descubierto y la blusa se deslizaría a lo largo de los brazos colgantes, sometidos. Sin dejar de lamer y morder, torturándole los pechos con sus dedos maltratadores, la fue conduciendo hasta el salón. La arrojó violentamente contra el sofá, su mano ruda se perdió ansiosa bajo la falda de ella, de la que no tardaría en regresar disparada trayendo consigo las bragas que abandonaría a la altura de las rodillas, para entonces separadas. Volvió a desaparecer la mano removiéndose sin

delicadeza entre las piernas de la mujer que empezaba a sentir la fuerza animal de aquel macho embravecido que trataba de poseerla en desorden.

—¡Mario... por Dios, me estás haciendo daño...! —se quejaba.

Él no atendía la súplica, hallado fuera de sí. Elisa quiso cerrarse de piernas una vez que se sintió penetrada por unos dedos dañinos que se agitaban en su interior.

—¡Esto no me está gustando, Mario! —insistía ella— ¿Te has vuelto loco?

—¿Ah... no....? —respondió él retirando sus dedos húmedos y viscosos del refugio templado—A lo mejor esto te gusta más...

La obligó a darle la espalda hincada de rodillas en el suelo y los codos apoyados en el asiento. Se bajó el pijama pegando su vientre a las nalgas de Elisa, quien poco se defendía amedrentada por la agresividad de que estaba siendo víctima. Solo usaba palabras inútiles.

—¡Mario, por favor..., te lo ruego...! —elevó su voz.

Su grito llegaría en el momento de ser forzada a embestidas ciegas por detrás hasta sufrir la sensación de ser atravesada por una barra inflexible que pareciera partirla en dos provocando el escape de los intestinos.

La tomó entonces por el pelo para mejor asegurar la postura dómita de ella, quien combinaba el grito con el llanto aferrada a la tapicería del sofá con los puños fuertemente apretados, retorciéndose estos de dolor en cada sacudida trasera a ritmo creciente en busca, él, de una eyaculación antes convocada frente al ordenador, luego reprimida por el timbre de la puerta y al fin consumada como si de una bestia se tratara, emparentada con el aullido. El torso se le desplomó sobre la espalda de Elisa que apreciaba distintamente el latido furioso del corazón de Mario y dentro

de ella, en el fondo de las entrañas, otro palpitar caliente, punzante, muy hiriente...

Mario desmontó a su hembra, dolorida más por dentro que por fuera y más en su interior que por dentro. Quedó sentado en el suelo contra el sofá, el pene enrojecido por el esfuerzo y hasta ligeramente manchado de sangre.

Humillada, reunió el escaso vigor que guardara para incorporarse a duras penas, subirse las bragas caídas y frenadas en los tobillos, casar botones con ojales y recomponer el peinado.

El portazo hizo que volviera en sí. Agotado, emprendió el camino de regreso al estudio enfrentándose nuevamente a la pantalla. La rabia reapareció de forma automática al dar lectura a la última frase que figuraba en el espacio blanco del monitor: "¡Me hace tan feliz ver que la felicidad está en ti!"

—¡No... no... y mil veces no! —enfureció.

Dejó caer su cuerpo robusto sobre el asiento, inspiró brusca y profundamente y exclamó con todo el sarcasmo que pudo extraerse:

—¡Qué tal si nos damos un paseíto en coche por los acantilados y perdemos el control del vehículo durante unas carantoñas!

La brisa marina invadía el espacio interior del coche, estimulando las emociones más apacibles impresas en el rostro de la pareja de amantes y los gestos más amables. Se miraban casi en cada curva, se sonreían de continuo, y a veces él apartaba su mano del volante para eliminar de la faz de su amada los mechones castaños que el aire, provocado por la velocidad a la que circulaban, hacía revolotear delante de los ojos verdes de Silvia. El sonido prolongado de un claxon lo obligó a sujetar el volante con fuerza y devolver la atención a la carretera.

—Perdona, mi amor —dijo al ver el susto dibujado en la cara de ella—. ¿Te asustaste?

Ella se llevó la mano al pecho mientras se llenaba los pulmones de oxígeno. Asintió sin palabra alguna.

—Lo siento, mi vida... —insistía Genaro.

—Mucho me temo —se decía Mario a sí mismo— que este imbécil no va a permitirse otro fallo humano. Lo mejor será un reventón. ¡Vamos allá!

El silencio fue de repente interrumpido por una suerte de explosión procedente de una de las ruedas delanteras, que hizo que el vehículo no obedeciera a su angustiado intento de gobierno. Silvia empezó a gritar agarrada a lo que sus brazos en cruz pudieran alcanzar. Él contuvo el gesto, trataba de no perder la calma para no abortar la maniobra de dominio de la máquina. El coche zigzagueaba sin responder a las órdenes de la dirección. En aquella zona no existían vallas de protección y las ruedas pronto invadirían el escaso límite del asfalto que quedaba al otro lado de la línea blanca para entrar en contacto con la tierra, los pedruscos y las rocas que anunciaban la presencia de una inhóspita cala diez metros más abajo.

—¡Agárrate fuerte, cariño—gritó él—, y cierra los ojos!

Así no sería testigo de su propia caída al despeñarse el coche finalmente; impactando contra las peñas; rodando en el descenso accidental, acompañando los continuos choques con un estruendo que torturaba la calma del paraje salvaje, ruido de cristales y carrocería convertida en chapa inútil, como papel de charol azul arrugado. A cada vuelta, las manchas rojas de la sangre lo iban tiñendo todo. Un golpe más y el coche se detuvo con las ruedas hacia arriba; ya solamente se oían los giros chirriantes de las mismas, el techo ligeramente hundido en la insuficiente arena de playa sin uso.

—¡Uf...!—exclamó Mario— Esto se pone interesante —y se frotó las manos.

De todas maneras no estaba muy seguro del desenlace del accidente que acababa de provocar con sobredosis de

malicia. Se masajeaba la barbilla, se tiraba de la nariz con dos dedos, se presionaba la sien en busca de un final mucho más trágico que la propia muerte, y en ningún caso la de Genaro, pues supondría que la historia hubiese terminado. En su mente oyó un leve quejido de mujer...

Silvia conservaba aún la vida cuando Genaro logró desprenderse del cinturón de seguridad que lo hizo renacer y con bastante dificultad se disponía a liberarla a ella que parecía sufrir mayores daños.

—Te sacaré de ahí, mi amor —casi susurraba—. Confía en mí.

—No puedo moverme —aclaraba entre gemidos bajos.

Él tendió su mano tratando de alcanzar la de Silvia, quien al sabérsela tomada y no sentida desesperó gritando lágrimas.

—¡Genaro... no siento nuestras manos!

—Como tampoco vas a sentir tus pies, ni los brazos, ni el cuerpo, ni nada de nada. Él no se atreverá a decírtelo, pero te lo diré yo: te has roto la columna, querida... estás tetrapléjica. Y ahora, como ocurre siempre en estos casos, te abandonará; es demasiado joven para hipotecar su vida empujando una silla de ruedas. Si fueras su mujer tendría que aguantarse, pero el noviazgo es más fácil de romper.

Mario sentía que las teclas imantaban sus dedos; un extraño impulso tiró de ellos animando una danza armoniosa que hacía saltar las yemas de letra en letra.

El cuerpo de Silvia salió del coche como un pesado muñeco de trapo que estuviera relleno de piedras. Era arrastrado, sostenido por debajo de las axilas haciendo una senda sobre la arena con los talones inertes a lo largo de unos metros. Descansó la cabeza de ella sobre su regazo para mejor acariciarle el pelo revuelto, enredado, y la piel pálida, magullada y desordenadamente ensuciada con la sangre que aclaraba con el llanto transparente, salado...